

Estoy encantado de estar en Torre Pacheco, acompañándoos en este acto.

Hace ya tiempo, me puse a disposición de nuestro presidente nacional para colaborar en lo que hiciera falta durante esta campaña. Por eso cuando recibí la invitación que me trae con vosotros, la consideré un placer tanto como una obligación.

Lo primero que quiero deciros es que ésta no es una campaña más. Debemos ser conscientes de la trascendencia del momento político. Sabemos lo que nos jugamos en mayo. Lo sabemos. Pero hace falta compartirlo con una mayoría de españoles. Quien pide el voto está obligado a explicarse, argumentar, convencer. Vamos a hacerlo.

Amigos,

La proyección nacional de estas elecciones municipales y autonómicas es una evidencia. Éstas de mayo y las generales, cuando se celebren, son partes de un proceso común, articulado en momentos sucesivos. En ese proceso, España se juega mucho. Porque la continuidad de la coalición gobernante implicaría cambios difícilmente reversibles. En realidad, supondría -con toda probabilidad- un cambio de país más que un cambio en el país.

Porque estas elecciones serán un primer plebiscito sobre la continuidad del sanchismo; y el sanchismo, amigas y amigos, ha unido su destino al de los que llevan toda la vida queriendo cambiar de país; sencillamente, porque no les gusta España. No exagero. Esto mismo lo ha tenido que escuchar el Gobierno de uno de sus socios. De un dirigente de Bildu, esos que no condenan a fecha de hoy un solo asesinato etarra; un dirigente que practicó él mismo el terrorismo. Y lo ha dicho con todas las letras, así: “se da la gran paradoja de que no hay Gobierno de progreso en el Estado español, si los que nos queremos marchar del Estado español y además somos de izquierdas, no lo sostenemos”.

Por eso mayo, antes que nada, es una oportunidad histórica. La de reorientar un rumbo político de naufragio.

Amigos,

Mayo es la primera vuelta. La primera oportunidad para desalojar al Gobierno de la mentira. No necesito recordaros lo que han supuesto estos años de gobierno social-populista. Pero debo advertiros que nuestros adversarios fían su continuidad al olvido de los españoles.

Por eso intentan que sólo se hable de lo que harán dentro de no se sabe cuánto tiempo, si ganan; y que no hablemos de lo hecho hasta ahora; quieren silenciar su hoja de servicios y su agenda oculta. Prefieren presumir de todas las viviendas que brotarán mañana -dicen- a golpe de varita legislativa; y acallar la voz de las mujeres agredidas que padecen hoy las consecuencias de una chapuza organizada con esa misma varita. La propaganda socialista nos inunda de consignas para tratar de ahogar nuestra memoria inmediata; recuerda tragedias de hace ochenta años para no tener que responder por estropicios de hace ochenta días.

Como si unas elecciones no fueran un balance; la ocasión de rendir cuentas. El momento de presentarse ante los españoles con resultados, no con nuevas promesas. Que no nos tomen el pelo: cada voto significa un juicio, no una apuesta. No se juega a la lotería con el futuro de España.

Ahora los socialistas se dedican a girar cheques sin fondos a un año vista. Su programa es básicamente eso. Pues bien, a nosotros nos toca explicar qué puede esperarse de la palabra de un adicto a la mentira. Llevamos años gobernados por una coalición de irresponsables; en sentido estricto: gente que no responde de nada.

Poco antes de llegar al poder, hace seis años, le preguntaron a Sánchez: “Pedro, ¿tú sabes qué es una nación?” Y este 8 de marzo, le preguntaron a quien todos sabéis: “ministra, ¿qué es una mujer?”

Una legislatura encuadrada entre estos dos interrogantes no es una legislatura cualquiera. España lleva cinco años soportando una política sin respuesta para ninguna de esas dos preguntas. Y eso tiene consecuencias, porque cuando no se sabe qué es una nación, se acaba defendiendo que en España hay muchas; y cuando no se sabe qué es una mujer, acaba legislándose en beneficio de quienes las violan.

Amigos,

La situación a que hemos llegado es fruto de un propósito, de una apuesta política; no es ninguna fatalidad. El sanchismo está cómodo con sus compañías; se siente bien enterrando, con una mano, la complicidad de Bildu con ETA como “asunto del pasado” y, desenterrando, con la otra, la guerra civil por motivos de urgencia. Ha regalado a los herederos del terrorismo una pluma para que reescriban a su gusto la crónica de nuestra historia reciente.

Hoy un Gobierno español abofetea a media España con una mano y con la otra acaricia a quienes usan la palabra “español” como un insulto. Ese Gobierno tolera la más vergonzosa impunidad de sus socios golpistas en Cataluña; y al mismo tiempo, amenaza a las Comunidades del PP imponiendo una ley que invade competencias autonómicas. Y los de la “mayoría plurinacional”, encantados.

No nos engañemos: el problema de Frankenstein no es la naturaleza del monstruo; el problema son sus actos. Su conformación aberrante no le hace estéril. Y ha sido dueño del BOE durante años. Frankenstein es tan monstruoso como prolífico; demasiados desvaríos de minorías extremistas hoy son derecho positivo. Porque el entreguismo socialista ha puesto patas arriba la democracia: en la España actual los poquísimos gobiernan a los muchos. Y además en nombre -colmo de cinismo- de la “mayoría social”.

Amigos,

Lo que nos jugamos en mayo es la continuidad de este disparate. Peor aún: su culminación. Porque un éxito que mantuviera su expectativa para las Generales abocaría, de confirmarse

entonces, a una mutación constitucional, si no a un proceso constituyente en toda regla. Con distintas fórmulas posibles, lo que tendríamos, si el social-populismo gobierna otra legislatura, sería la desarticulación nacional de España.

Los socios de Sánchez pasarían al cobro su apoyo parlamentario nada más investirlo. Y esa factura no la pagaría él, la pagaríamos todos, porque iría a cargo de la soberanía nacional. Ya sabemos lo caras que resultan esas minutas. Se nos dijo que, desarmando al Estado, menospreciando a magistrados y tribunales, y silenciando a la población leal se “pacificaría” la tensión sediciosa en Cataluña. Se ha pagado con creces -hasta la humillación- ese precio y los secesionistas acaban de girar la siguiente letra: un referéndum con disfraz canadiense para el año que viene.

Los españoles no podemos permitirnos el lujo de ser estafados de nuevo. Atesoramos suficiente experiencia para haber aprendido ya que “pacificación” y “apaciguamiento” no son sinónimos. Sabemos de sobra que las exigencias del nacionalismo son dinámicas. Quien cede a ellas no las desactiva, sólo alimenta la puja.

Amigos, por todo esto,

Pedro Sánchez, y sus delegados locales y autonómicos, no son exclusivamente candidatos de su partido, son candidatos:

- de los que enfrentan democracia y ley;
- de los que reivindican la autodeterminación de Cataluña, el País Vasco y lo que venga;
- de los que impugnan la Constitución para replantear la ruptura;
- de los que calumnian la democracia española como falsificación neofranquista.

Que a nadie despisten las cortinas de humo. Cada vez que ciertos ‘barones’ del PSOE se hacen los escandalizados, su jefe refuerza la mayoría Frankenstein. Sánchez tolera la disidencia inocua si le viene bien. Pero nada más. Y puede hacerlo: para eso se ha fabricado un PSOE a la medida, más centralista que nunca. Se ve que en esto de “federar”, una cosa es España y otra el partido.

Amigos,

El estropicio social-populista nos da el programa hecho. Ante el destrozado nacional, institucional, internacional, económico y social que ha supuesto el sanchismo, la tarea que tenemos por delante es la reconstrucción del país en cada uno de esos ámbitos.

Y esa es una tarea que comienza en mayo. Es necesario, es imprescindible que las urnas hablen claro. Para esta primera vuelta necesitamos un mandato contundente. Que deberá confirmarse en unas Elecciones Generales, cuando se convoquen. Ese mandato lo pondremos al servicio de una política respetuosa con la verdad, integradora, al servicio de una España atractiva, en la que creemos, porque es posible.

Amigos,

Un político francés decía que “la contrarrevolución no es una revolución al contrario, sino lo contrario de la revolución”. No venimos a “dar la vuelta a la tortilla”; ni a practicar un sectarismo de distinto color; no se trata de hacer lo mismo, pero al revés. Se trata de hacer lo contrario de lo que se viene haciendo; de unir lo separado, reconciliar lo enfrentado, recomponer lo roto. Con visión auténticamente nacional, es decir, integradora -ya sabemos que nuestras siglas no agotan España-, abordaremos reformas de protección constitucional y sanaremos instituciones muy dañadas.

Nos guiará el mismo espíritu de buscar objetivos compartidos que fundó nuestra democracia. Desde ese espíritu, quiero hacer aquí algunas afirmaciones:

Primero. España es una nación plural que se organiza políticamente, porque así lo ha querido, como Estado autonómico.

La soberanía nacional ni se fracciona ni se diluye: pertenece a todos y cada uno de los españoles; por tanto, ni federación, ni confederación, ni nación de naciones, ni estado plurinacional. Aquí hay una nación de ciudadanos libres, iguales y poco dispuestos a que les birlen su ciudadanía. Aquí hay descentralización para limitar el poder y dar un mejor servicio a los ciudadanos, no para aceptar el chantaje recurrente del nacionalismo. Aquí, si hay que reponer el delito de sedición, se repone. Si hay que recuperar el de convocatoria ilegal de referéndums, se recupera.

Al fin y al cabo, muchos electores socialistas votaron eso cuando su candidato lo prometió en 2019. Habrá que decirles a esos electores estafados que si en vez de construir esos tipos penales, Sánchez los ha derogado, eso sienta un mal precedente:

Prometió sanciones más severas y acaba concediendo indultos. ¿Y ahora promete... pisos? Pues como maneje el parque de vivienda como el Código Penal, lo deja como un solar.

Sánchez también prometió “desinflamar” la vida política española. Y ha hecho de la división y el enfrentamiento la clave de su política.

Pues bien, nos tocará a nosotros esa tarea de normalización. Y eso pasará por devolver al extremismo a la esquina del tablero político, de donde nunca debió salir; mejor, de donde nunca debieron sacarlo. A los que intenten la destrucción del orden constitucional les espera la aplicación de la Ley. La Ley: el mejor “ibuprofeno” recetado hasta la fecha para curar chantajes.

Segundo punto. El cumplimiento de la Ley no tiene alternativa ni plan B. El estado de Derecho no es negociable. Quienes lo subordinan al principio democrático liquidan las dos cosas de un

plumazo: no hay democracia sin Ley. Y la Ley no es el capricho de una mayoría pasajera. Ni herramienta para ninguna ingeniería social. Tampoco es un artefacto para moldear la memoria según el capricho de minorías radicalizadas. Por eso, cuando derogemos la ley de “memoria democrática”, la ley “trans” y otras pseudo-leyes ideológicas, -cuando “derogemos el sanchismo”- no estaremos “dando la vuelta a la tortilla”, sino restaurando la Ley y el Derecho en su significado auténtico.

Tercero. Las instituciones se respetan y se prestigian; ni se asaltan ni se difaman. Las instituciones son lo que permanece mientras las personas que las sirven van sucediéndose. Hoy hay un presidente del Gobierno y pronto habrá otro. Importa que ninguno de ellos olvide que lo que permanece es la Presidencia del Gobierno como institución.

Lo mismo sucede con los órganos constitucionales, con el Consejo de la magistratura y el Tribunal Constitucional, con las empresas públicas o los institutos de prospección. Las instituciones no son plataformas para encaramarse encima y ponerlas al servicio de un propósito personal o de partido. Cuidado con esto, porque el sistema institucional de un país es su primer factor de competitividad. Donde la institucionalidad falla o es deficiente, prolifera la corrupción; donde la seguridad jurídica decae, las empresas no arraigan; donde se recompensa el delito, se retrae la inversión.

Cuarto punto. Es perentorio un cambio de rumbo en política económica. Cuando el Partido Popular llegue al gobierno la barra libre financiera que Europa consintió por la pandemia habrá terminado. Ahora los socialistas presumen de “gestión”. Van por ahí sacando pecho y haciendo comparaciones improcedentes entre su presunta generosidad y lo que llaman “austericidio” para reprochárnoslo.

Otra falta de respeto a la gente. Comparan a un Gobierno heredero de un déficit oculto que casi costó la quiebra del país en 2012, con otro a quien se le permite gastar y endeudarse sin tasa porque las reglas fiscales en Europa llevan suspendidas desde que empezó a gobernar en 2020. Es como comparar el manejo de balón de un equipo que juega de visitante, con los pies atados y contra un árbitro casero, con la soltura de otro que juega eximido del reglamento.

Pues bien, jugando sin portería, han disparado déficit y deuda y han precarizado el futuro de las pensiones; mientras tanto, camuflan el paro con maquillajes contables y la inflación compromete el día a día de muchas familias que no van al supermercado de la ministra de Economía.

En el país que pinta la propaganda socialista los precios bajan, el empleo sube y las cuentas públicas se equilibrarán en un año, siempre que se les vote; mientras tanto, aguantarán lo que les echen. Por lo visto, ahora competimos en la Champions League con el país de Jauja.

Esta mentira es de las que traen consecuencias desagradables. Porque el dopaje que viene suministrándose tiene las horas contadas. Cuando suene la última, la economía española va a quedar con los fundamentos al aire. Será entonces cuando se haga incontestable que necesitamos más crecimiento, más empresas, y menos insultos a los empresarios. Más

inversión y menos inseguridad jurídica. Más empleo y menos maquillaje contable. Más sostenibilidad de la Seguridad Social y menos endeudamiento explosivo.

Convendría vislumbrar nuestra realidad económica un poco antes de hacerse manifiesta a la luz de los relámpagos de otra crisis; y no olvidar la lección, de nuevo, cuando pase la tormenta.

Por eso, quinto punto. Habrá que contarles a los españoles la verdad. En la España en que la Administración construye trenes que no caben en los túneles y puentes donde no hay ríos, habrá que decir a los españoles que muchas de las leyes de este Gobierno son puentes en seco, hechas sin contar con la realidad, sin contar con su iniciativa, sin contar con ellos. Habrá que volver a recordar que la misión del Estado es acompañar, auxiliar, estimular la acción social. No suplantarla.

Y sexto: habrá que robustecer nuestra anémica política exterior. Hoy estamos peligrosamente debilitados en nuestro flanco sur; desconectados de una América Latina infectada de populismo; y en Europa, lo único que lideramos es la lista de solicitantes de fondos.

Demasiadas fragilidades en un mundo que se ha vuelto demasiado peligroso como para permitirse el lujo de la debilidad.

Amigos,

El Partido Popular tiene el proyecto, los candidatos, los equipos y la implantación para enfrentar esta tarea. Ya está hecha la experiencia de fragmentar el sufragio. Ya sabemos qué resulta de los gobiernos de coalición. Tenemos que decir a todos los españoles que el Partido Popular no necesita albaceas que vigilen el cumplimiento de su programa. Nuestras convicciones son aval suficiente para nuestra acción de gobierno.

Alberto Núñez Feijóo ha comprometido sesenta medidas de su futuro gobierno en los primeros cien días. Todo lo que he ido desgranando está ahí, y alguna propina de regalo. Pero para poner en obra todo eso hace falta un capital político extraordinario. Amigos, España necesita que su próximo Gobierno cuente con un respaldo mayoritario, suficiente para salir del atolladero en que la han metido.

Veréis a los socialistas recoger cualquier resto para completar mayorías precarias. Toda España sabe ya hasta dónde pueden llegar en esa operación. Una coalición demoledora puede hablar con voces distintas, decir un día una cosa y al siguiente la contraria; porque para destruir no hace falta ser coherente.

Pero la reconstrucción, amigas y amigos, nos veda ese camino. Nuestra voluntad y nuestra tarea nos obligarán a una acción política muy firme y sostenida en el tiempo.

Unidad de propósito, objetivos muy claros y procedimientos coordinados desde el primer momento para lograr el fin propuesto. Tenemos que pedir un mandato claro para no enredarnos luego en la negociación permanente de nuestra propia supervivencia.

De cara a los desafíos que enfrenta España, cualquier suspicacia, cualquier pequeñez, incluso, cualquier legítima diferencia, tiene que quedar postergada.

Lo primero es la necesidad de obtener un respaldo electoral muy fuerte, que propicie un cambio político tan profundo como lo exige la urgencia de la situación. Eso solo tiene una fórmula posible: concentrar el voto en el PP. En torno al único partido de gobierno capaz de impedir que el sanchismo y sus socios rematen la faena y den la puntilla a tantas cosas que apreciamos y que van más allá de las siglas, porque son de todos:

La integridad nacional y constitucional, la libertad en todas sus expresiones, desde la económica hasta la de enseñanza.

Amigos,

Yo creo que el voto más patriótico es el voto al PP. Veréis, el patriotismo tiene la virtud silenciosa de las flores: esplende, no grita; tiene una elocuencia muda, porque se demuestra con hechos más que con palabras. Poned en duda la sinceridad de quien vaya por ahí anunciando lo patriota que es. El auténtico patriotismo no halaga la vanidad; exige el sacrificio. Y en ocasiones, también algo de inteligencia, para no hacer el juego a los que tienen planeado hace tiempo el desmontaje de la patria pieza a pieza.

Los patriotas en serio hacen política seria, sabiendo que quien está enfrente es un compatriota que entiende de forma distinta el bien común.

Por eso apruebo llamar al voto trascendiendo nuestra “zona de confort” ideológica. No lo hacemos disfrazándonos ni para cosechar una victoria de partido. Esta victoria la queremos poner al servicio de algo mucho mayor.

Amigos, en España se han roto muchas cosas. Reconponerlas exigirá mucho patriotismo, es decir, mucha generosidad, porque demandará -de todos- muchos sacrificios. Sabremos hacerlo, estoy seguro. Nos hemos acostumbrado a las herencias ruinosas. Si me permitís la alusión personal, a mí no me tienen que explicar qué es recibir un 22% de paro, la Seguridad Social quebrada, y un déficit del 7%.

Nosotros heredamos un país que ya había renunciado a ser miembro fundador del euro. El “milagro” español no tuvo nada de milagroso. Como suele decirse, la inspiración nos sorprendió trabajando.

Amigos,

Ilusionaremos a los españoles si confiamos en ellos. Nosotros no necesitamos organizar la “liberación” de un conglomerado de minorías; preferimos dejar en libertad a todo el mundo.

Hay que concentrar en nuestras siglas el voto de una mayoría nacional, ancha, a derecha e izquierda, para conseguir un objetivo que rebasa nuestras siglas. Sin renunciar a nada. Apelando a un voto tan útil como ilusionado. Aquí están las mejores ideas, los mejores

candidatos y los mejores equipos. Yo, no tengo la menor duda: el futuro de Murcia se llama Fernando López Miras. Y el futuro de España se llama Alberto Núñez Feijóo.

Amigos,

Algo me hace estar seguro de nuestra victoria. Una cuestión... ambiental. Me refiero al panorama que tenemos por delante: el desafío, inmenso; la dificultad, enorme; la responsabilidad, histórica.

¿Reconocéis el paisaje? Claro que sí, porque es nuestro escenario habitual, el pórtico recurrente de nuestros gobiernos.

Pues entonces, estad dispuestos, porque el Partido Popular vuelve para poner en marcha, otra vez, España. Intacta nuestra fe en las posibilidades del país, convocamos a todos los españoles para la obra de reconstrucción nacional que nos aguarda.

Amigas y amigos,

¡Viva el Partido Popular!

¡Viva España!